



## LA HISTORIA DE RUBÉN, EL DESFIGURADO

Abro los ojos lentamente, pestañeo una, dos, tres veces; me los froto al fin y... nada... sigo en el mismo infierno.

La luz de un flexo de tipo garaje parpadea al compás de mis cansados ojos, al mismo tiempo que un hilo de polvo se descuelga del techo con un ensordecedor estruendo de algo que ha estallado.

Bajo la mirada mientras yazco tumbado en lo que denomino mi “catre” y observo las miradas perdidas de un montón de gente que hasta hace, como quien dice, tres días eran unos vecinos completamente desconocidos. Nadie habla, nadie ríe, nadie hace nada. Las horas encerrado aquí pasan como años. Ya no recuerdo la claridad de los rayos del sol. ¿Seguirá existiendo al menos ese al que el ser humano llamó algún día Astro Rey? Todo son especulaciones, así que me evado entre recuerdos de cuando aún existía una vida para mí...

Diez años atrás yo era un adolescente más. Uno de tantos que, como yo, no querían hacer la “mili”. Invento de otro siglo-milenio que el Gobierno no tuvo más remedio que poner en marcha de nuevo ante las guerras, desastres ecológicos, etc., y la falta de gente voluntaria dispuesta a jugarse la vida por un mundo del que todos sabíamos que el hombre tarde o temprano acabaría destruyendo.

Las armas circulaban libremente en el mercado, pudiendo completar el arsenal con el siempre bien pagado mercado negro.

En esta atmósfera de violencia callejera, social y, por qué no decirlo, interna, típica de un chaval de quince años, me crié. Por lo cual no resulta extraño a quien me lea entender mi manejo sobre las armas en un barrio cuyo deporte infantil era el tiro al blanco a las latas antes que a la pelota de fútbol. Sumándose el hecho de mi paso por penitenciarías estatales para chicos de menor edad y reformatorios en general, que me unían más a este mercado armamentístico y al mundo de las drogas. Gracias a Dios, si lo hay, nunca me llamó la atención este último apartado.

Fue también en aquellos años cuando dejé de tener una cara normal. No voy a adornarlo diciendo que fue una gran batalla ni una tragedia heroica. Fue una paliza de barrio, una emboscada de otra banda, cuatro o cinco contra uno, con barras, una botella rota y una navaja que alguien sacó cuando yo ya estaba en el suelo. Me abrieron la cara desde el pómulo hasta la mandíbula y me hundieron la nariz. Sobreviví, que ya era bastante, pero el espejo dejó de devolverme la misma persona. Los médicos hicieron lo que pudieron, o lo que quisieron, y las cicatrices quedaron ahí, torcidas y visibles, como si alguien hubiera intentado borrar mi cara y se hubiera cansado a la mitad.

Durante mucho tiempo pensé que esa desfiguración me había quitado algo. Luego comprendí que también me había dado algo. La gente apartaba la mirada, o la fijaba demasiado; en ambos casos yo aprendía quién tenía miedo, quién sentía asco y quién



estaba dispuesto a mirar de frente. En la calle una cara rota puede ser una condena, pero también una advertencia. No necesitaba esforzarme mucho para parecer peligroso.

Empezaban a proliferar por entonces las primeras “intervenciones neurológicas”, o mejoras primarias de implantes de nanochips y otras más complejas. Por lo que me decidí a probarlo. Yo aborrecía los tatuajes; es más, me parecían anticuados. Además, a un tipo tan duro como yo le costaba reconocer que las agujas le daban verdadera fobia. Tanto es así que aquella primera modificación me sirve para recuperar mis heridas sin necesidad de matasanos que me pinchen. Supongo que, después de que te cosan la cara como si fueras ropa vieja, uno empieza a pensar que el cuerpo no es tan sagrado como dicen.

Y fue por aquel entonces también cuando comenzaron esos extraños sueños...

Empecé a despertarme por las noches sobresaltado, con las sábanas empapadas y las uñas rotas. Un sueño que se repite noche tras noche es el siguiente:

Me encuentro enterrado vivo; no sé en dónde muy bien, y escarbo con las uñas para intentar salir... o entrar... El caso es que, tras un angosto espacio de tiempo que a mí me resulta eterno, consigo zafarme de esa especie de trampilla como de madera o algo así, y me hallo en una sala llena de comida en perfectas condiciones que me dispongo a comer y... me despierto. No sé si tendrá significado, o si realmente es mi subconsciente que me intenta decir que necesito comer más, ya que la verdad es que soy una de esas personas que no disfrutan comiendo y debo de tener el estómago pequeño, porque como por obligación, por supervivencia nada más. No por placer.

Un ladrido me retorna al presente...

—¡Tranquila, chica! Todo está bien, no pasa nada, papi está contigo...

Si me preguntaran quién en el mundo es el único que me importa ahora mismo, esa sería Beso. Mi foxterrier adiestrada.

Y eso, en el mundo en que me ha tocado vivir, es un problema, ya que aquí nadie mira por nadie ni regala nada. Es tan fuerte mi sentimiento que tengo una sensación de sobreprotección animal. Como un halo que me embriaga y me avisa de que está en peligro. No sé describirlo muy bien; es como si alguien quisiera comérsela. Y lo triste es que sé que yo sería partícipe de ese festín en un momento de verdadera necesidad, sin mayor contemplación. Pero, independientemente de eso, que le pase algo a Beso es mi mayor miedo.

La rutina me absorbe. ¿Esto es vida? No sé si la elección de escondernos refugiados aquí fue acertada o era mejor el camino de acabar con el sufrimiento. Una cosa está clara: en este lúgubre lugar he aprendido a dormir con un ojo abierto y otro cerrado. Ya ni duermo. No sabemos si es de noche o de día. ¿Cuándo podremos salir al exterior? ¿Qué pasará cuando se acabe la comida? ¿Quién saldrá fuera de estos muros? Comienzo a oír voces en mi cabeza; este lugar me está enfermando, aunque todavía tengo la suficiente cordura para saber que son paranoias, alucinaciones directas de mi cerebro, que me deja bajar la guardia. Quiero que cesen; por ello me ofreceré voluntario para salir de este sitio en cuanto



tenga la mínima posibilidad. Necesito ver mundo de nuevo... No puedo acabar como uno de esos perturbados que tanto miedo me dan; necesito evadirme entre recuerdos:

Recuerdo como uno de los momentos más difíciles de mi corta, pero bien experimentada vida, cuando mi tía Helen, con lágrimas en los ojos, recordaba la historia de mi familia sanguínea, dando pie al lector para que interprete que Helen no era verdaderamente mi tía. Siendo yo aún lactante y durmiendo la siesta en el capazo, me supongo, iba junto a mis padres biológicos en un auto amarillo modelo Citroën DS3; mi hermano, despierto en la plaza trasera junto a mi lado, en otro capazo. Cuando un camionero al volante, habiendo superado el tiempo marcado por aquel Gobierno de entonces, del cual siempre he oído añorar, se desvió de su rumbo para impactar frontalmente contra nuestro coche.

Dos muertos en el acto: mi padre y mi madre...

“Dos bebés salen intactos del brutal choque frontal del que los bomberos rescatan entre el amasijo de hierros. Del camionero nada se supo. Debí de ver su existencia reducida a la nada, devorado por aquel ácido que transportaba. La pareja que ocupaba las posiciones delanteras del turismo, muertos en el acto”.

Así narraba el titular de aquel fatídico día según el Alerta, periódico de aquella época. Un trozo de papel es el único recuerdo que me queda de mi familia, por otro lado.

¿Qué fue del otro bebé? Indagué durante muchos años y no encontré nada. Solo aquel reportaje local hablando sobre la noticia. Las autoridades que se hicieron eco de aquella noticia resaltaron lo milagroso del asunto, de ahí mi manía de santiguarme antes de dormirme, y achacaron una anomalía genética en los cromosomas de aquellos gemelos que les permitió salir indemnes de aquella situación y sin dolencia alguna aparente.

El caso es que este hecho marcó el resto de mi vida, ya que desembocó en mi gusto por los vehículos. De alguna forma intrínseca asocié el acontecimiento a un fallo humano por parte del camionero y a uno mecánico por no tener aquellos vehículos avisador alguno ante un sentimiento de adormilamiento. Así pues, puso rumbo en mi vida a entender los vehículos en general, su funcionamiento, etc.

Por otro lado, durante muchos años culpé a ese camionero que se durmió separándome de unos padres que nunca conocí. Así que interioricé de una forma involuntaria el no dormirme, llegando incluso a rayar la paranoia. Menos mal que mi buena “tía” Helen me ayudó con un psiquiatra amiga suya que más o menos me enseñó a controlar mis emociones y a investigar más acerca del fascinante mundo de los sueños.

Tengo el presentimiento de que algún día me encontraré de nuevo con mi hermano, en algún sitio donde de repente empiece una gran tormenta y caigan rayos a poca distancia de mí y de un grupo de viajeros...

Seguiré escribiendo en este primigenio diario. Mi nombre es Rubén y esta es mi historia.